

RAFAEL RUBIO Y EL PREMIO NERUDA 2008

Jaime Quezada Ruiz

*me nazco e de parirme otra vez zumba
mi sangre como enjambre e mientras canta
me lloro de tan plena e de tan tumba.
R. R.*

Desde 1987, año inicial del otorgamiento del Premio Pablo Neruda a un poeta chileno no mayor de cuarenta de edad, pero con obra ya representativa en el proceso y desarrollo de su poesía en el medio nacional, una veintena de autores en sus diversos estilos, temáticas y lenguajes constituyen ahora una relevante muestra de sus tareas, oficios y afanes creadores. Y vienen a ser, sin duda, no ya voces emergentes, sino exponentes de las actuales promociones o generaciones de poetas chilenos en sus muy admirativas y resueltas escrituras. Y conllevan, a su vez, una representativa expresión del proceso poético chileno durante estas últimas dos décadas, y de alguna evidente manera, también, un testimoniar las realidades de un proceso que tuvo que abrirse espacio en lo peor de una época de vigilancia y encerramiento autoritario.

Hacia los años finales de ese oscuro periodo, surge el Premio Pablo Neruda por feliz iniciativa de la Fundación que lleva su nombre. Premio que, de alguna reflexiva manera, ha venido a reordenar la poesía chilena en medio de aquel crítico y fragmentado periodo de la vida nacional. La literatura misma, no ajena a aquellas circunstancias y avatares, pareció condenada a una interrupción sin remedio en su proceso creativo y a una diversidad y heterogeneidad propias de una vida de intramuros.

De hecho, la mayor parte de los autores distinguidos anualmente con el Premio Pablo Neruda (de Gonzalo Millán a Tomás Harris, de Raúl Zurita a Diego Maquieira) inician y desarrollan sus obras primeras en los años mismos de la dictadura. Obras que son, a su vez, una remodelación del lenguaje en sus acciones de arte o un testimoniar temerariamente lo visto, lo vivido y lo sentido: realidad e identidad de una literatura poética en el Chile maltratado o de los años de la desesperanza. Sus obras, entonces,

constituyen un sentirse parte de un proceso social, artístico, literario y ciudadano en la cotidianidad del vivir y del desvivirse. Y, por sobre todo, continúan siendo fieles a ese oficio y conducta en una especie de plenitud libertaria, entre la letra y el borrón –en el buen decir de Enrique Lihn-, pero en el arte mismo de la acción y la palabra.

Los premiados más recientes, o de estos últimos años (de Armando Roa a Germán Carrasco, de Jaime Luis Huenún a Javier Bello) devienen de generaciones o promociones en pleno desarrollo en el panorama poético chileno. O surgen de animosos Talleres orientados hacia los nuevos autores (el mismo Taller Neruda, por ejemplo, en un ejercicio implacable con la realidad más ardiente y dolorosa, cada cual exigiéndose un trabajo más crítico y constructivo). O de instancias o colectivos literarios, capitalinos o de regiones, revelando así los tantos ánimos poéticos en sus tantas necesidades de espacios y motivaciones diversas.

Uno de estos autores hoy, y en pleno “ejercicio” o desarrollo de una oficiosa obra creativa, es el poeta Rafael Rubio, nuestro Premio Pablo Neruda 2008. Autor de una más que rabiosa, deslumbradora obra que ilumina la muy propia y singular escritura poética del autor. Joven entre los jóvenes poetas de nuestra literatura chilena de este tiempo. Dueño de una poesía personalísima y renovadora, de marcada originalidad en su forma y en su estilo. Y, por sobre todo, en el tratamiento de temas y decires, no ajena a cierta intensidad y sentido de gracia y de admirativo humor en sus resueltas y bien características estrofas. El mismo muchas veces burla burlándose en esas sensitivas estrofas:

Oh llaga en que me hundo fuertemiente
para nacerme pronto, apresurado
de ser otro: ¡Yo mismo! ¿O al revés
me voy volviendo yo mi propio vientre
pariéndome? Ay tan yo, tan desatado.

Poesía de una quejumbre narcisística pareciera, de gestos, de diálogos, de cosas, evocadora de un tiempo otro y ahora y no a la manera de una nostalgia o reminiscencia, sino en un darle su torcedura de cuello a ese cisne de brillante plumaje que es ese tiempo, o sonreírle e ironizarlo y hacerlo también muy suyo.

Hay algo esencial además, y por sobre todo, que llama a interés: su parquedad, su sintaxis, su tratamiento de un lenguaje usual y cotidiano trascendido, después de todo, a través de un universo de voces que viven con naturalidad y frescura en esto de dar vuelta sintácticamente ese tan personal lenguaje. Véase y revéase esa *Luz rabiosa*, su más actualísimo libro (Camino del Ciego Ediciones, noviembre 2007), y anteriormente en *Arbolando* (1998) y *Madrugador tardío* (del año 2000) y en muchos otros textos poéticos que andan en las páginas de diversas antologías de la poesía chilena joven y en revistas y publicaciones varias.

Rafael Rubio Barrientos nos nace en Santiago de Chile, en 1975, es decir, en una época terrible de rabiosa luz, si es que había luz. Y llega hoy a los 33 de edad –la edad cristiana, diría la Mistral; la edad de la razón diría, Sartre- a recibir meritoriamente este premio Neruda 2008. El más joven de los jóvenes poetas premiados desde 1987. Y no porque Rafael Rubio ande en las precocidades de la escritura, sino más bien porque desde muy temprano viene en él hereditariamente, genealógicamente, sanguíneamente, lecturalmente, vocacionalmente el alfabeto primero de la poesía, poesía que ha venido haciéndose volcadura y llama viva en sus asombros y afanes de cada día.

El más joven de los jóvenes subrayo –*Yo baquiano, yo cascajo, cierzo malo, malhadado, mal vigía de mi huerto*- cuando llega aquí a La Chascona, en 1994 (*tan transeúnte que presente /que lo mira mal la gente*), al Taller de Poesía de la Fundación Neruda, deslumbrándonos con su originalísimo autorretrato, originalísimo de tema y de ritmo y de rima. O con su soneto a la cerveza y otras bebeduras sorprendentes. ¿No andaba el mismísimo Neruda fervorosamente a los 15, a los 19, en lo mejor de sus crepusculares y sus maestranzas de noche queriendo sentar, y la sentó para siempre, a la poesía en sus rodillas? Y ahora Rubio, Rafael, ese nuevo poeta por venir desde 1994 era directo heredero del aquel visionario legado nerudiano: “dejo mis viejos libros, recogidos en rincones del mundo, a los nuevos poetas, a los que un día hilarán en el ronco telar las significaciones del mañana...”

Rasgo relevante del quehacer de Rubio es su don verbal, sin duda. Ese arrebolarse con las palabras que irán al verso o ese aprestarse a una intuitiva y, a su vez, consciente relación de encuentro o desencuentro con el idioma. Su ángel permanente en ese idioma. Un intento de encontrar lo humano en su diario tránsito sobre el lenguaje, sobre la sintaxis habitual, para recibir y dar una lección poética. Importa en este joven autor, y como desafío o posibilidad amplia de registros varios, el manejo del lenguaje coloquial, convenientemente dosificado, asumido voluntariamente como una actitud lingüística, no como una mera tonalidad grotesca o un relieve tensional del poema.

Ese lenguaje coloquial, directo y de realidades cotidianas, casi tan ausente y dejado de lado en la poesía nueva o joven de nuestros autores de hoy, es para Rubio su hallazgo y su originaria fuente expresiva y que, en definitiva, va a caracterizar una escritura poética muy propia que le dará originalidad y trascendencia. Una trascendencia más allá de la mesa y de las sillas y de los mentales pues hasta las cucharas (*no me entreguen la cuchara blasfema*) y los cuchillos (*y su chirrido atroz*) y los platos (*honda sonajera de platos que se irritan*) adquieren en la poesía de Rubio su verso humanizado e iluminado:

Me he asomado a la sopa (improvisado
espejo) para verme. Y sólo veo

la cara de mi padre que me mira
desde el abismo funeral del plato.

Rafael Rubio –qué duda cabe a la luz rabiosa de sus versos- es un poeta por herencia sanguínea y literaria, por atrevimiento o intrusión vocacional de buen y oficioso lector y, al mismo tiempo, un artífice cuando armoniza poemas en tercetos, cuartetos o bien el venerable y ceremonioso y desafiante soneto. A veces asoma un fino humor y otras, la ironía. Ensambla o funde la fantasía con lo real. Y las más, un potenciar la capacidad evocadora y recreadora en el contrastar el sencillo verso más allá o más acá de líricas palabras o ásperas consonantes. Rasgo de originalidad y poesía como redescubrimiento del mundo en un ver y rever las cosas –y lo que hay dentro de esas cosas- como si fueran vistas por vez primera.

El mismísimo Rafael Rubio ha dicho en relación con su riguroso oficio poético, o “ejercicio”, como simplemente lo llama: “El hecho de haber nacido en un entorno estrechamente ligado al arte y la poesía, favoreció el poder dedicarme a este ejercicio con la aceptación unánime y el apoyo de mi familia. De alguna forma me siento con la profunda responsabilidad de ser el continuador de una tradición familiar ineludible”. Así es. Y no sólo en el verso (*La memoria del padre y el abuelo / en algún lugar del cielo o de la tierra...*), sino también en una continua vuelta a los orígenes, a una nutricia tierra (greda) vasija y de reconocimiento de cosas, costumbres, oralidades e historias de vivir viviendo en una especie de acercamiento al cómo y al cuándo de su escritura. Escritura que ha sido, sin duda, un largo aprendizaje, motivado por la lectura atenta y devota de los grandes poetas.

Nos dice Rubio, reconociendo indudablemente que los maestros del Siglo de Oro español calaron hondo en su aprendizaje: “De ellos aprendí no sólo el rigor del lenguaje y la rigurosidad, sino toda una cosmovisión que creo compartir y que de alguna forma caracteriza mi poesía: la visión panteísta del mundo que se traduce en San Juan de la Cruz; la importancia de la forma en Góngora, la precisión y austeridad de Quevedo y la ambientación bucólica de Garcilaso”.

A confesión de poeta, relevo de poema, pues a toda esa poesía clásica española con su oro y con su lengua y con sus siglos, agréguese este otro signo-siglo original de oro resplandeciente e intenso de la América-azul dariana, humanamente vallejiana o actualísimamente germánbelliana. Y así otras sentidas y vivibles sextinas también. Y, por sobre todo, ese Juan de la Cruz tan cántico espiritual y tan llama arcaizante en este siglo ahora, recuperando una lengua-lira perdida. Todo eso vitalizada y fermentalmente renovado en tema y en motivo en la poesía de Rubio.

Adónde te me fuiste
cabrita y me dejaste aquí tan ciego
¿En qué momento hubiste

de hurtarme la luz? ¡Fuego
de negras lenguas donde me refriego!

Pero algo más aún a esas literaturas o rejuntas tácitas o coincidencias temperamentales, la veta tan única y presente de Rubio y que viene del rescoldo o del peñasco de lo chileno-chilenísimo. Y de la más viva y vigente tradición del idioma-patrio en sus raíces arbolando la poesía chilena toda de aqueste siglo veinte, en sus autenticidades de hablas y autóctonos decires. Lo genuino como materia y fundamento, tierra y poesía en una siempre no interrumpida relación de mito y conjuro y maravillamiento: *Que ya no habrá –¡carajo! quien nos guarde /el mendrugo infinito de perverso.*

O el tratamiento de expresiones verbales originalísimas y singulares que otorgan precisamente al verso el rubio sello Rubio de su arrebol arbolando. O el “me nazco, me lloro, me preña... la luz... Sobre el pasto me engozo, salto...” para remarcar y hacer vivificador el más directo acusativo en su intensidad de dar fuerza y potencia al verso singularísimo y muy mío-suyo. O el peñasquese, enhuésese, desmádrese, empiédrese y todo un esdrujulamiento de enfáticas palabras-verso del poema:

Y así al entrar la voz en lo rotundo
el polvo aprieta el nudo. Y ya confeso
implora su peñasco más profundo
hasta la noche misma de los huesos.

He ahí el ritmo yámbico en el arte de sus elegías, églogas, sextinas, apologías, cuartetos... “No podrás desasirte del peso de una larga tradición familiar en el oficio”, nos dice el mismo Rafael Rubio... cuando construye con arte sus elegías, y no a la manera de un lamentarse, de un salid con llanto lágrimas corriendo, aunque remate luego en otro verso: *ni un gargajo moribundo del talento del abuelo..., que no tendrás sosiego mientras dure la escritura del poema...* Porque las escenas familiares serán recurrentes como tema de tratamiento poético que conlleva, a su vez, a la presencia cotidiana y permanente del ritual de una mesa, de un mantel, de un almuerzo. Pero también las cosas, los objetos que son y serán materia del poema: sillas, mesas, platos, cuchillos, cucharas, tenedores. O las cotidianas y desmitificadoras escenas familiares. O la atrayente “jugarreta” (tan poco usual hoy en la poesía joven chilena) y que Rubio recupera mistralianamente en su buen decir, incorporándola en el tratamiento de sus temas, superando la historia-anécdota o haciéndola lúdica en su estirón gozoso y vivible:

En el bosque yo conocí a Caperucita Roja.

Era una mujer de senos grandes como campanas.
 Y no tenía nada de inocente.
 Me apretó contra el tronco de un eucaliptus
 y me besó como si fuera el día del juicio final.

Tal es el desafiante arte de escribir de Rubio en su remirada de la vida, en su remirada de la muerte. Oficio de escritura, desafío, guiño, gesto, diálogo del tú a tú, desacralización y desmitificación a la vez, e incluso en un retratarse irónicamente a sí mismo, y no a la narcisística y espejeante manera del *me he asomado a la sopa para verme* que deviene en el perfecto y rotundo soneto, sino, y como el propio Rubio enfáticamente lo señala, en el “cojonudo arte de escribir que haga remorderse de envidia –en su tumba- a Quevedo, a Fray Luis, a Garcilaso!”.

La muerte está jugando a la escondida
 me llama y yo no sé de dónde llama;
 tal vez se está ocultando tras la cama.
 Me grita: ¡Rafael, estoy perdida!

Así tan luz rabiosa este Rubio en su irónica elegía. Y así tan égloga también en su arbolando: *Durmiendo bajo un sauce junto al río / me fui soñando verde en el ramaje*. Así este Gracilaso siglo XXI que es Rafael Rubio.

“Es por orgullo, y no por modestia, que proclamo a todos los poetas mis maestros”, decía Neruda, ayudado por el trabajo de aquellos que lo precedieron (de Rubén Darío a Góngora, a Apollinaire, a Rimbaud, a Baudelaire...), pues, “¿qué sería de mí sin mis largas lecturas de cuánto se escribió en mi patria y en todos los universos de la poesía?”. Por estas aguas y búsquedas anda en buenahora también nuestro Rafael Rubio y con sus orgullos y humildades y reconocimientos.

El Premio Neruda, sin querer queriendo, ha venido ordenando y orientando la viva y activa historia literaria de estas últimas décadas en el campo tan variado y diverso de la poesía, proceso literario y poético -visión y revisión- en el ámbito nacional, haciendo trascendentes obras y autores en una transversalidad de propuestas escriturales de nuevos y admirativos lenguajes y en una pluralidad de temas, tendencias o discursos renovadores y vigentes en la poesía chilena de nuestros días. Y permite, en lo mejor de sus singularidades y amplitudes, un mirar y un remirar el constante y permanente desarrollo de nuestra poesía, manteniendo inalterable la resuelta y prolongada línea generacional –*pasando y pasando*- en un proceso vivamente comunicable y trasvasijador.

En su significado y trascendencia, el Premio Neruda se ha constituido en un valorar y reconocer no sólo a un poeta chileno no mayor de cuarenta años en su plena etapa creativa, en su persona y en su obra (que puede estar aún en proceso), sino

también, en esa valoración y reconocimiento, un tener presente otras tantas voces actuales, representativas de la siempre notabilísima poesía chilena. Cumpliéndose así las realidades y sueños que el mismo autor de *Residencia en la tierra* tuvo vitalizadora y advocativamente en esta tierra: “Mi canto no termina. Otros renovarán la forma y el sentido. Temblarán los libros en los anaqueles y nuevas palabras insólitas, nuevos signos y nuevos sellos sacudirán las puertas de la poesía”.

Esos nuevos sellos, esos nuevos signos y esas nuevas palabras tienen su valiosa representatividad en nuestro Rafael Rubio Barrientos, premio Pablo Neruda en este hoy de 2008.

Santiago, La Chascona, jueves 11 de diciembre, y 2008.